

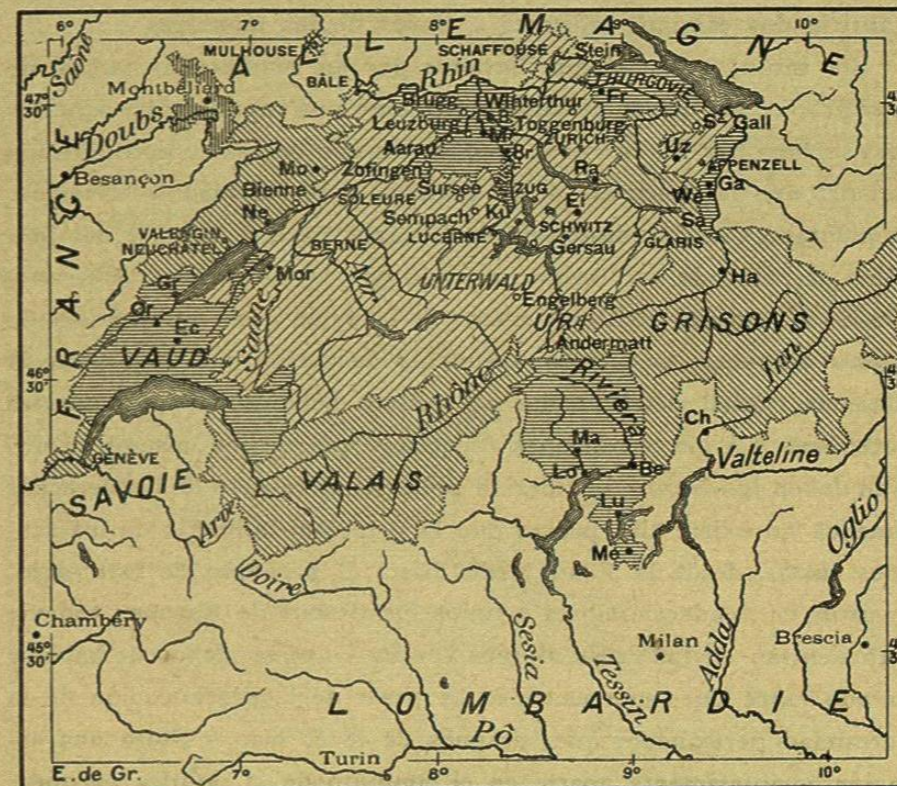
De todos modos, es notable que la Revolución se hiciera en Francia cuando había perdido todas sus colonias.

El imperio de Alemania, por su misma masa, podía resistir muy enérgicamente á los ejércitos republicanos que luchaban por la posesión del valle del Rin. Por esa parte la guerra tuvo alternativas diversas, pero el resultado general del conflicto había de desarrollar en las poblaciones germánicas un movimiento de unidad patriótica análogo al que se había producido en Francia. Aunque sólo fuese por el choque y el amontonamiento, el caos se regularizaba poco á poco. Al final del siglo XVIII, la Revolución francesa había hallado el Santo Imperio compuesto de mil novecientos Estados, grandes y pequeños, si se cuentan separadamente todos los feudos en que la nobleza dominaba como señora absoluta¹. Cien años después, todos esos Estados distintos, excepto dos, no existen más que bajo la forma de vestigios ó al menos de «cadáveres recalcitrantes», y ese contraste se debe exclusivamente á los acontecimientos determinados por las guerras y por el espíritu de la Revolución.

Al este de Francia hallábase Suiza en un estado de confusión, en un caos político solamente comparable al del imperio alemán. Los Estados ó cantones confederados formaban la menor parte del territorio helvético: éste comprendía también bailiazgos ó países-súbditos. De trece, siete cantones tenían rango de «ciudades libres imperiales» y algunas familias patricias mandaban en ellos á poblaciones urbanas y rurales privadas de todo derecho político; en los otros cantones el poder pertenecía al clero. Había además aliados que se unían más ó menos directamente á Suiza: como la república de Ginebra, los principados eclesiásticos de Basilea, Valais, Saint-Gall, la confederación de los Grisones y los principados de Neuchatel y Valengin. La intervención francesa, sostenida, principalmente en el cantón de Vaud, por insurrecciones locales, contrariada en otras partes, sobre todo en los cantones viejos, por la observancia hereditaria de las costumbres, puso fin á todo ese conjunto de supervivencias contradictorias, pero sin respeto para los «Derechos del hombre» solemnemente proclamados. En 1798 la República helvética fué cons-

¹ A. Himly, *Histoire de la formation territoriale des Etats de l'Europe centrale*, t. I, ps. 273 y siguientes.

N.º 434. Suiza en 1795.



1 : 3 000 000

0 25 50 75 Kil.

He aquí, según A. Himly, los principales elementos de que se compone Suiza:

Los 13 cantones: Zurich, de que procedían las ciudades libres Stein y Winterthur; Berna con Brugg, Lenzburg, Aarau y Zofingen; Lucerna con Sempach y Sursee; Uri y el país de Andermatt; Schwyz con la ciudad vasalla de Küssnacht y el país de Einsiedeln (Ei.); Unterwalden; Zug; Glaris y la ciudad vasalla de Werdenberg (We.); Basilea; Fribourg; Soleure; Schaffhouse y por último Appenzell.

Los países dominados: Sarganos (Sa.), Turgovia y Frauenfeld (Fra.) pertenecientes á los ocho cantones viejos y Appenzell; — Baden (B.), Bremgarten (Br.), Mellingen (Me.), Rapperswyl (Ra.) á Zurich, Berna y Glaris; — Bellinzona (Be.) y la Riviera á los ocho cantones viejos; — Locarno (Lo.), Val Maggia (Ma.), Lugano (Lu.) y Meudrisio (Me.) á todos los cantones excepto Appenzell; — Morat (Mo.), Grandson (Gr.), Orbe (Or.) y Echallens (Ec.) á Berna y Friburgo; — Uznach (Uz.) y Gams (Ga.) á Schwyz y Glaris; — Engelberg y Gersau, libres bajo la protección de los cuatro cantones florestales; — el país de Vaud á la ciudad de Berna.

Los países asociados: La abadía de St.-Gall, Toggenburg, la ciudad de St.-Gall y Bienne.

Los países aliados: El Valais —, Mulhouse —, Neuchatel y Valengin —, Ginebra —, una parte del obispado de Basilea, con Val Moutier (Mo.) y Neuveville (Ne.) —, los Grisones y sus súbditos, Valtelina, Chiavenna (Ch.) y Haldenstein (Ha.).

tituida en país prácticamente vasallo, puesto que debía tomar parte en las guerras de la república vecina, suministrarle dieciocho mil

hombres de tropas, conforme con las tradiciones de la monarquía, y abrirle dos caminos militares á través de las montañas¹.

Sin razón, pues, aunque llevados por un sentimiento natural de amor propio, los Suizos se consideran como una raza elegida, superior á sus vecinos por los méritos: bajo el imperio de esa cómoda filosofía que atribuye la desgracia á los pecados y la felicidad á la virtud, los habitantes de los cantones republicanos de los Alpes y del Jura suelen alabarse de ser mucho mejores que los Franceses, Alemanes é Italianos, aunque el hecho mismo de la unión entre poblaciones de lenguas diferentes en una confederación demuestra suficientemente la influencia capital determinante del relieve helvético. A los montes protectores y á las condiciones especiales que de los mismos se derivan deben los Suizos su libertad política; el respeto de los derechos humanos no existe allí, puesto que la principal industria de los cantones suizos, desde la Edad Media hasta el principio de este siglo, consistió en vender hombres á todos los tiranos de Europa: todavía se encuentran en los valles alpinos ancianos que se alaban de haberse contado entre tales mercenarios. A pesar de la proclamación de la neutralidad permanente que, después de 1815, hizo á Suiza una situación completamente aparte en el conjunto de la política europea, los cantones continuaron suministrando tropas á diferentes Estados, Francia, Países Bajos y Prusia. En 1816 se contaban unos 30,000 soldados suizos suministrados á los soberanos extranjeros². Por último, la constitución federal de 1848 prohibió los alistamientos para el servicio militar extranjero, aunque sin lograr suprimirlos por completo: hasta 1859 esa venta de hombres no se consideró como criminal³.

Revoluciones análogas á la de Suiza se produjeron por efecto del gran impulso general en los Estados de la península italiana. Allí también el siglo XVIII había hecho su obra preparatoria para el cambio de equilibrio. El impulso, que había sido bastante poderoso para obligar al papa Clemente XIV á condenar y expulsar los jesuítas y que había dictado á Beccaria su libro de noble humanidad sobre *Los Delitos y las Penas*, agitaba toda la sociedad burguesa, sobre

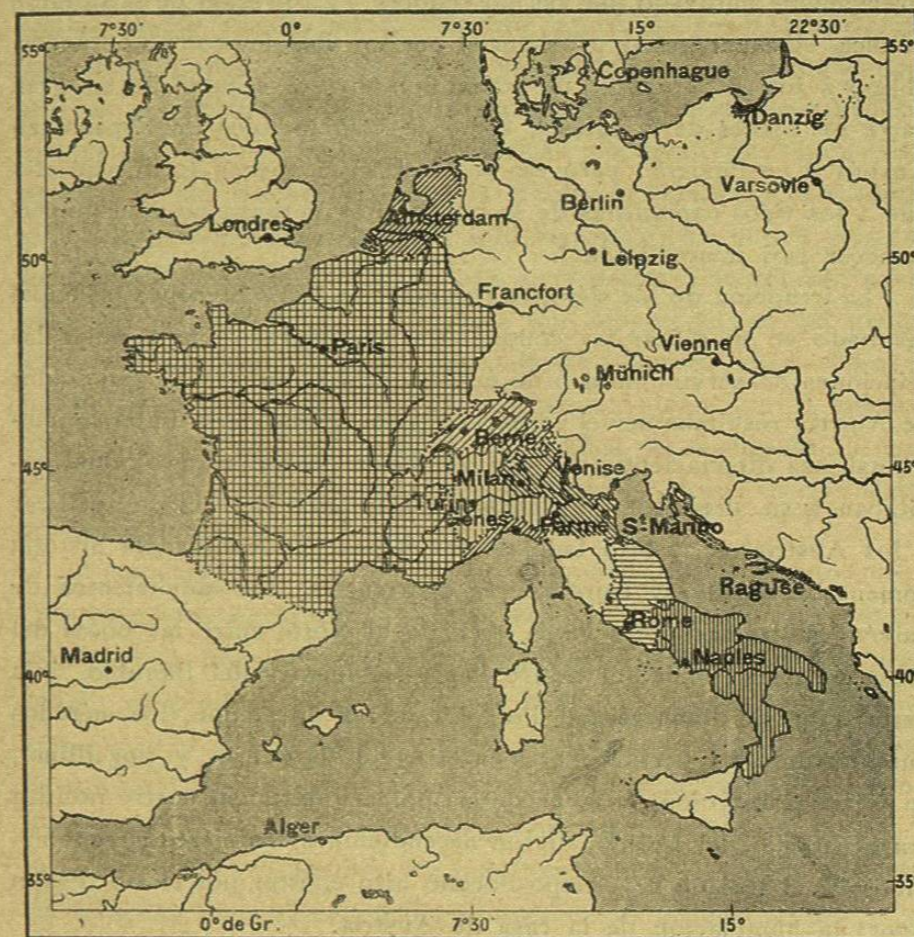
¹ Ernest Nys, *Notes sur la Neutralité*, ps. 50, 51.

² E. van Muyden, *Essais Historiques, la Suisse sous le pacte de 1815*, tomo I, ps. 531 y siguientes.

³ Ernest Nys, *Notes sur la Neutralité*, p. 93.

todo en el norte de Italia y en Toscana. También fué suscitada la cuestión de la propiedad, y se llegó hasta el atrevimiento de poner

N.º 435. Las repúblicas hermanas.



1 : 20 000 000

0 250 500 1000 Kil.

La república Bática vivió de 1795 á 1806; la república Helvética se transformó en 1798; la república Cispadana, formada el 16 de Octubre de 1796 al sud del Po, se incorporó á la república Cisalpina; ésta, fundada el 9 de Julio de 1797, se convirtió, en 1802, en la república Italiana con Bonaparte por presidente. La república Ligura data de 5 de Junio 1797 y se refundió en el imperio en 1805. La república Romana duró desde el 13 de Febrero de 1798 hasta el mes de Septiembre de 1799; la república Partenopea vivió desde 23 de Enero á 13 de Junio de 1799.

la mano sobre los bienes del clero. Dícese que á mediados del siglo XVIII las dos terceras partes del territorio italiano, y quizá más

todavía, se hallaban en posesión de las órdenes eclesiásticas: de la tercera parte restante, la porción mayor consistía en grandes propiedades nobiliarias, y una novena parte escasa del territorio estaba directamente cultivado por sus poseedores. La presión de la opinión pública, elocuentemente proclamada por los filósofos contemporáneos, obligó á los gobernantes de Italia del norte á secularizar en gran parte los bienes de la Iglesia, como se hizo también en España, en Austria y en Baviera; pero esa secularización apenas aprovechó más que á los ricos capitalistas de la burguesía y la tierra no dejó de permanecer casi inmovilizada¹.

La irrupción de los ejércitos franceses en Italia tuvo por principal resultado no modificar las condiciones económicas, sino cambiar las relaciones de servidumbre ó de dependencia señorial. El emperador de Austria resultaba ser el verdadero señor feudal de la Italia septentrional, sea directamente, sea por mediación de los príncipes que gravitaban á su alrededor. Tratábase, pues, para Francia de rechazar á los Austriacos al otro lado de los Alpes: en realidad la historia comenzaba otra vez, bajo nuevas apariencias, los movimientos de vaivén que tantas veces había oscilado al Norte entre las bocas del Mosa y las del Rhin, al centro hacia las fuentes del Danubio, á la derecha en las llanuras del Po. La fuerza de ataque, los métodos nuevos, rápidos y perturbadores en el arte de la guerra, y, por último, en cierta proporción, el favor de las poblaciones cuya suerte política era el premio del triunfo, dieron ascendiente á los ejércitos republicanos, y el tratado de Campo-Formio hizo constar por cierto tiempo (1797) la humillación de la casa de Austria.

El cambio de equilibrio consistió principalmente en la constitución en Italia de diversas pequeñas repúblicas feudatarias de Francia: una república «Cisalpina», cuyo mismo nombre recordaba la antigua dominación de Roma, para la cual los campos del Po estaban «á la parte de acá» de los Alpes, tomó á Milán por capital. Una república Liguria tuvo por capital á Génova; los Estados de la Iglesia se transformaron en una apariencia de república Romana, y la sangre de San Genaro recibió la orden de liquidarse para anunciar alegremente la

¹ G. de Greef, *Essai sur la Monnaie, le Crédit et les Banques*, VIII, p. 5.

fundación de la república Partenopea. El Directorio, ministerio dictatorial que á la sazón gobernaba Francia, había adoptado esa línea de conducta política, muy hábil si hubiese sido sincera, de agrupar alrededor de la república maternal todo un criadero de repúblicas filiales, desde Amsterdam á Nápoles, que formaban á Francia una muralla de pueblos defensores que hubiesen asegurado para lo sucesivo el equilibrio europeo. Sin embargo, esas repúblicas no eran apenas más que un nombre sin realidad objetiva, simplemente una mancha de color sobre el mapa de Europa. Creadas y conservadas por la fuerza militar, esas hijas sólo esperaban un nuevo golpe de fuerza para desprenderse de su madre. Además, ¿no estaban advertidas de la suerte que les esperaba por las proclamas del general Bonaparte mostrando á sus soldados desde la altura de los Alpes los bellos campos de Italia? «Estáis mal alimentados y casi desnudos... Voy á conducirlos á las llanuras más fértiles del mundo: allí encontraréis grandes ciudades, ricas provincias y en ellas hallaréis honor, gloria y riquezas»¹.

Esas ciudades, esas provincias fueron saqueadas, abrumadas á contribuciones y multas al mismo tiempo que se les anunciaba la libertad y la prosperidad futura. El general vencedor aturdía y asustaba á su propio gobierno con sus victorias sucesivas y repentinas como el rayo, y obraba á su antojo, sin tomarse siquiera la molestia de leer las órdenes del Directorio. Deja subsistir el poder temporal del papa despreciando sus compromisos; perdona aun al Austria y, con bajeza, por el tratado de Campo Formio, le abandona la república de Venecia, á la que se había prometido la independencia.

Por otra parte, aquel viejo Estado que parecía venerable por su grandeza pasada, había caído en el último grado de decrepitud moral. Cuando Venecia, suplantada por Portugal y España y después por Holanda é Inglaterra, hubo perdido su comercio lejano y luego su industria, conservó las riquezas adquiridas, pero las separó del movimiento de los cambios, empleándolas en préstamos, hipotecas, usura y compra de tierras. La república prudente, que antes no hacía adquisiciones fuera de las islas y de los promontorios fáciles de de-

¹ *Proclamation d'Albenga, 20 Germinal, an IV.*

fender por mar, se ocupó en adquirir buenos territorios sobre tierra firme, y sus nobles capitalistas se transformaron en grandes propietarios territoriales. En 1780 Venecia poseía en Italia y en Istria, sobre las costas dálmatas y albanesas lo mismo que en las islas Jónicas grandes territorios poblados de unos tres millones de habitantes. Pero esas inmensas propiedades permanecían inmovilizadas en poder de sus detentadores: la corriente circulatoria general se había detenido para Venecia como para la mayor parte de las regiones italianas¹. Desde el siglo XVII los ciudadanos de la famosa república sufrieron la humillación de ver á Holandeses é Ingleses hacerles una concurrencia favorecida por el éxito en los puertos de Liorna, Nápoles y Ancona. Venecia acabó por expedir sus propias mercancías á Liorna, donde llegaban á recogerlas los cargadores ingleses que las llevaban á Oriente. Por último, en vísperas de su caída, la aristocracia veneciana vivía dedicada á las formas más bajas del comercio capitalista, el juego y la prostitución. Uno de los más bellos edificios de la ciudad estaba consagrado á los juegos de azar, y los patricios, con sus togas de magistrados, presidían como banqueros, representando la majestad del Estado, aunque no siendo en realidad más que agentes asalariados de una compañía de capitalistas judíos y cristianos. Todos los jugadores se presentaban enmascarados, en tanto que los banqueros tenían la cara descubierta².

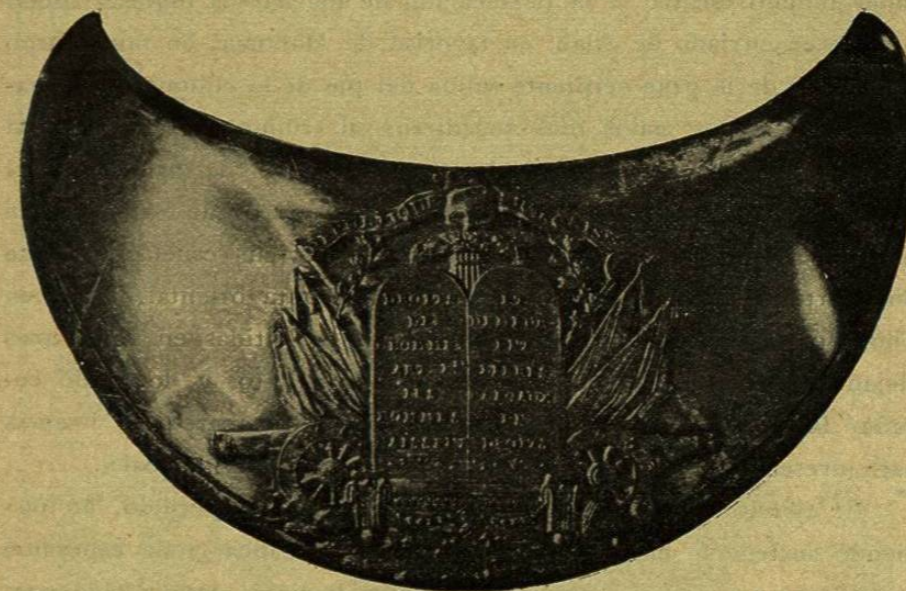
Por grande que fuera el abismo de vergüenza en que cayó Venecia por la desorganización de las instituciones de Estado en que toda iniciativa se negaba al pueblo, la vieja república no se hubiera entregado á la monarquía austriaca si la misma Francia no se hubiera encontrado en un estado de transición entre la forma republicana y el poder de uno solo. Una voluntad personal tomaba la dirección de Francia y se hacía obedecer: dictaba la conclusión inmediata de la paz con Austria para evitar que otros generales obtuviesen sobre las orillas del Rin resultados más decisivos que los debidos á Bonaparte.

Esa misma voluntad decidió la admirable y romántica expedición de Egipto. Es evidente que la masa de la nación francesa, ni si-

¹ G. de Greef, *Essai sur la Monnaie, le Crédit et les Banques*, VIII, ps. 4 y 5.

² Daru, *Histoire de Venise*.

quiera la mayoría de un consejo de gobierno, tuvo la menor parte en aquellas aventuras quiméricas, concebidas por un jefe de ejército que aspiraba á la gloria de un Alejandro ó de un César. Sin embargo el Directorio dió su asentimiento á la ejecución de aquella fantasía, único medio de evitar el advenimiento de un amo temible, quizá con la esperanza secreta de que no volvería del peligroso viaje.



Museo Carnavalet.

ALZA-CUELLO DE OFICIAL CON LA DECLARACIÓN DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE

Aunque genialmente concebida y brillantemente puesta en escena, la expedición de Egipto había de terminar por un fracaso, dado que el supuesto objetivo de la empresa era arrancar el dominio de las Indias á la Gran Bretaña y que el camino de Calcuta pasaba entonces por el cabo de Buena Esperanza: de ahí el nombre fantástico de «ala izquierda del ejército de Inglaterra» dado á las tropas enviadas al valle del Nilo. El Egipto, que había sido el intermediario natural entre el Oriente y el Occidente y que había de volverlo á ser un día, no lo era precisamente ya en la época en que Bonaparte iba á conquistarlo. La expedición carecía de seriedad: el gobierno de Francia veía en ella una prolongación de poder, un aplazamiento en el plazo inevitable de su caída; el general que se aventuraba al azar en un

país lejano sólo buscaba una falsa gloria, una conquista ficticia embellecida con recuerdos clásicos y bellas declamaciones humanitarias.

Acompañado de 36,000 soldados, á cada uno de los cuales había prometido á la vuelta de la expedición «con qué comprar seis arpentas de tierra»¹, Bonaparte obtuvo al principio fáciles victorias. Después de haberse apoderado de Malta de una manera desleal y haber podido escapar á la persecución de los barcos ingleses, pudo erigirse en enviado de Alah, en favorito de Mahoma, en taumaturgo dominador de la gran serpiente salida del pie de la columna de Pompeya²; pero los malos días sucedieron al triunfo rápido: la flota francesa fué aniquilada por Nelson en las aguas de Aboukir y el ejército fué á chocar inútilmente contra los muros de San Juan de Acre; después de una campaña horrible por sus crueldades, que Bonaparte, convertido temporalmente en déspota oriental, como un Timur ó un Murad, creía indudablemente permitidas en aquel país alejado de Europa, huyó, abandonando su ejército, y, logrando engañar la vigilancia de los barcos ingleses, desembarcó en Francia para presentarse de nuevo como el «Hombre providencial».

El ejército de Egipto quedaba necesariamente perdido, no pudiendo sostenerse más que á condición de sacrificar toda esperanza de regreso y acampar resueltamente sobre la tierra conquistada para constituirse en ella en Estado independiente, á la manera de las bandas de la Edad Media; pero los soldados franceses tenían empeño en volver á su patria, encontrándose así condenados de antemano á la capitulación, puesto que el mar estaba ocupado por los Ingleses. El recuerdo de la admirable expedición desapareció como un espejismo, no quedando de ella más que las memorias preciosas y el monumento elevado por los 175 miembros de la «Comisión de las Ciencias y de las Artes». Aquellos sabios que habían acompañado á los regimientos hasta la primera catarata para estudiar el suelo, el clima, las inscripciones, las estatuas, las tumbas y todo lo que quedaba de la antigua civilización egipcia, representaban sobre la tierra de Africa el impulso triunfante del espíritu del siglo XVIII,

¹ Proclamation du 3 Floréal, an VI.

² Entrevista de Bonaparte... y de varios muftis é imanes en el interior de la gran Pirámide... el 25 Termidor, año VI.

convertido en voluntad, gracias á la Revolución francesa. Ese concurso de investigaciones inteligentes debía llegar á la reconquista de toda una historia pasada que se creía enterrada para siempre.

N.º 436. Egipto y Siria de Bonaparte.



1 : 6 000 000

0 100 200 300 Kil.

La piedra descubierta en Rosette, y que los azares de la guerra transportaron al *British Museum*, merced á la inscripción trilingüe, puso á los investigadores en la vía de la interpretación de los jeroglíficos, y poco á poco, de inscripción en inscripción, de manuscrito